



EL SABOR DE LA NAVIDAD

Prof. Antonio R. Schimpf

¿Cuál es el sabor de la Navidad?

“Los tomates ya no saben a nada”, es una queja que se escucha con demasiada frecuencia. Los que tuvimos el privilegio, bastante tiempo atrás, de saborear un tomate recién cosechado de la huerta, nos sumamos a esa queja. Había un tiempo en que los tomates sólo se conseguían durante el verano. Su forma y color no eran tan regulares ni atractivos como ahora, pero ¡qué ricos y sabrosos que eran! Los tomates ya no son lo que eran. En la actualidad, se los consigue durante todo el año, y duran mucho más tiempo sin descomponerse. Sin duda, nos entran mucho más por los ojos pero, lamentablemente, ya no tienen el sabor que alguna vez tenían.

Hay demasiados testimonios y evidencias acerca de un sabor que se ha perdido. Se sabe que, por estos días, algunas universidades de los Estados Unidos y Europa están tratando de encontrar el gen que determina el sabor del tomate. Se sabe que en algún momento el tomate fue alterado genéticamente para que madure de manera uniforme, para que sea más estético, para que pueda estar disponible todo el año, un elemento masivo e industrial. Y sin duda todo eso se ha logrado. El tomate es ahora un producto omnipresente, y su industria mueve millones. Se ha hecho de este producto un buen negocio. Sin embargo, las papilas gustativas dicen que ya no es lo que solía ser.

Algo similar ha sucedido con la Navidad. Muchas personas recuerdan que antes la Navidad tenía otro sabor: era algo que llenaba el espíritu, era una celebración que nos hacía experimentar sensaciones indescriptibles. Pero hoy, para muchos, la Navidad apenas deja una sensación desabrida. Es posible, por otra parte, que algunas nunca hayan tenido una Navidad tan abundante como la que tenemos ahora. Hoy la Navidad es como un producto más que se ha industrializado. La sobreoferta de bienes que la rodea puede aturdirnos. Nunca antes la Navidad desplegó tanto color, brillo, regalos, adornos, consumo y abundancia. Sin embargo, a pesar de tanta abundancia y de tanto producto navideño al alcance de la mano, la Navidad se ha ido transformando en una celebración con sabor a poco y nada.

Lo del sabor de la Navidad es tan sólo una figura. Se trata apenas de una metáfora. Sin embargo, nos sirve para considerar a la Navidad como una fiesta que puede producir sensaciones únicas, una celebración que puede darle caricias a nuestro espíritu. Una fiesta que puede dejarnos plenos, satisfechos, llenos de una paz indescriptible. Una celebración a la que podemos recordar con profundo gozo y, por lo tanto, anhelar su regreso cada año.

Si la Navidad de veras tuviese un sabor, quizá no se parecería en nada a lo que conocemos. O tal vez sí. Tal vez tendría el aroma y el sabor del pan dulce recién horneado. O de la comida de la mesa familiar. Lo que queremos decirte aquí es que la Navidad puede recuperar el sabor perdido, o tener ese sabor único y especial por primera vez. Y cuando haya pasado la próxima Navidad, quizás comiences a entender de qué se trata. O tal vez encuentres el gen perdido de la Navidad mientras lees este material y, cuando llegue la próxima Navidad, puedas disfrutar de su sabor incomparable: un sabor que te durará en el alma. Sí. La próxima Navidad. La de tu familia. La tuya. Una Navidad con sabor a Navidad auténtica.

En busca de la auténtica Navidad

Pero, ¿qué motivos tenemos hoy para celebrar la Navidad? ¿De dónde surgió esta celebración? Para muchos, la Navidad se ha transformado en una celebración cuyo origen desconocen. Lo que hoy rodea a esta fiesta tiene poca relación con aquello que le diera origen. La Navidad evoca una historia tan maravillosa en su origen, que merece ser redescubierta. Por diferentes razones, esa historia fue quedando oculta entre ritos, costumbres, imágenes y productos cuyos intereses están lejos de su esencia.

El objetivo de este texto es ayudarte a descubrir o redescubrir la Navidad. La idea es que tengas la oportunidad de celebrarla con toda la profundidad, el gozo y la paz que ella trae. Puede que te hayas preguntado más de una vez por los símbolos que la rodean. Son los símbolos del gozo, de la alegría, de la paz, de la dulzura. Sin embargo, esos símbolos a veces no se corresponden con tu propia experiencia de la Navidad.

¿Qué debería saber de la Navidad que todavía no sé? ¿Cuál es la verdadera historia de la Navidad?

La Navidad es una de las grandes celebraciones de la iglesia cristiana, junto con la Pascua de Resurrección y Pentecostés. Lo que sucedió en la primera Navidad es una parte clave de la historia de Jesucristo, el Mesías. Los principales credos de la iglesia confiesan que Jesucristo, el Hijo de Dios, *fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de la virgen María*. Es posible que, para muchos, estos detalles suenen muy raros. La regla es que los niños nazcan de otra manera. Cada niño que viene al mundo se origina de la unión de las células de sus progenitores. Y si algún niño es considerado ‘hijo de Dios’, nadie diría que es “el Hijo” de Dios. Además, para concebir una mujer no puede ser virgen. Si concibió, es porque ha dejado de serlo.

O bien a los cristianos nos encanta creer en cosas raras, o bien la Navidad hace referencia a algo realmente extraordinario. Y de eso se trata: ¡la Navidad es un evento absolutamente extraordinario! Tan extraordinario, que para buena parte del mundo el tiempo se ha dividido en dos a partir de ese acontecimiento: *antes y después* de Cristo. Antes y después de la primera Navidad. Algo tan extraordinario, que millones de personas alrededor del mundo estamos dispuestos a celebrarlo, año tras año, con devoción, con profunda reflexión en lo que Dios produjo en aquella primera Navidad, y lo que ese evento significa para nosotros hoy, aquí y ahora.

El gen de la Navidad

La historia de la Navidad que nos narran los evangelios, específicamente los evangelios de San Mateo y San Lucas, no es un evento que sucedió repentinamente, sin la debida planificación, sino que sucedió en el “tiempo señalado [oportuno]”, pero que Dios ya había planificado desde la eternidad. El apóstol Pablo escribe que *“cuando se cumplió el tiempo señalado, Dios envió a su Hijo, que nació de una mujer y sujeto a la ley, para que redimiera a los que estaban sujetos a la ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos”* (Gálatas 4:4). La Navidad en su origen tiene que ver con el “Hijo de Dios” (con mayúsculas) y con nosotros, que podemos llegar a ser “hijos de Dios” (con minúscula). Navidad tiene que ver con rescate de condenados, con adopción, con esperanza, con nueva identidad.

San Juan escribe en el prólogo de su evangelio (Juan 1:12) que a aquellos que recibieron a Jesús, aquellos que creen en su nombre: *“les dio la potestad de ser hijos de Dios”*. Para entender este tema de la adopción, los antiguos teólogos decían: si Jesús es Hijo de Dios *por naturaleza*, nosotros podemos llegar a ser sus hijos *por gracia*. Llegar a ser hijos e hijas de Dios, por causa del Hijo de Dios. Algo misterioso y profundo, que tiene sus raíces en la Navidad.

En las primeras páginas de la Biblia ya vemos de qué manera Dios, el Creador, revela lo que comenzaría a concretarse en la primera Navidad, en Belén de Judea. Ni bien el ser humano había violentado la voluntad de Dios y se había hecho merecedor de la condena divina, cuando sólo era capaz de huir de su presencia y esconderse para tapar lo inocultable, Dios vino a su encuentro para restaurar la relación que la humanidad había quebrantado. El Dios santo—que bien podría haber optado por aplicar su justa sentencia de muerte—optó por superar esa tragedia con una historia cargada de esperanza. Esa historia delineada y descrita en la Biblia es lo que los cristianos llamamos “la historia de la salvación”.

¿Era necesaria esa salvación? Sí que lo era. Es que el ser humano, alejado o escondido de Dios, se transforma en alguien que pierde su esencia, un ser en decadencia. El ser humano, esa criatura especial de Dios, hecha a imagen y semejanza del Creador, una vez transformado en pecador ya no refleja ni la bondad ni la justicia de Aquel que lo creó. El hombre sin Dios llega a ser temeroso, violento, mentiroso, desconfiado, peligroso. Incluso aunque llegue a fabricarse “dioses” para que le ayuden, y aunque “sirva” a esos dioses de muchas maneras, el ser humano es incapaz de salir del pantano en el que se ha metido.

Toda la historia de la humanidad refleja con distintos trazos esa incapacidad. El pecado es como un virus mortal que todo lo contaminó y corrompió. Y esa realidad sólo se revierte si el Creador se acerca, se revela y se ocupa de nosotros, su creación. Esa es una realidad que Él quiere y, de hecho, puede cambiar. Y ese es el mensaje central que encontramos al leer la Biblia.

El ser humano había sido creado para vivir cerca de su Creador, en una relación de amistad, de comunión, de armonía. Por eso, la historia de la promesa que encontramos enseguida luego de la caída del hombre en pecado (Génesis 3:15), representa algo así como la punta de un hilo dorado que atraviesa toda la Biblia. Esa historia alcanzará su clímax en lo que llamamos el evento pascual: el sufrimiento, la muerte, la resurrección y la ascensión de Jesús en gloria.

El nacimiento de Jesús, que se celebra en Navidad, marca el momento en el que Dios, encarnado en un ser humano, irrumpe en este mundo para llevar a cabo el sacrificio que hacía falta para reconciliar al Creador con su creatura. Esa historia de amor, que recorre el Antiguo Testamento y que se hace evidente en el Nuevo Testamento, es la historia del Emanuel, el “Dios con nosotros” (Isaías 7:14). Ese *Dios con nosotros*, ahora cercano, abierto a la comunión, que busca atraernos hacia sí mismo, es el Dios de los patriarcas, el Dios de Israel, el Dios de los profetas. Él, el Creador poderoso, es quien se hace nuestro prójimo.

Como podemos apreciar, lo que sucedió en la Navidad es algo que brotó del mismo corazón de Dios, quien quiso revelar su ser íntimo y profundo a los humanos, a fin de que conociéramos su amor inexplicable y disfrutáramos de su compañía ahora y por la eternidad. Esa historia se resume en las palabras de Juan 3:16: “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna*”. Dios no quiere que nos perdamos por causa del pecado en el cual caímos. Dios quiere que lleguemos a ser hijos como su Hijo, vinculados con el Padre de una manera especial, en una relación que puede cambiar nuestra identidad y nuestro destino eterno.

En Navidad, entonces, celebramos que Dios haya cumplido su promesa de venir en persona, a fin de resolver el drama de la humanidad. Y lo hace de una manera extraordinaria: naciendo como un niño judío en el seno de una familia judía, en días del Imperio Romano.

Un niño viene en camino

Hay una canción navideña que dice: “*Un niño viene en camino, muchos siglos se tardó, por el Espíritu Santo en María se hospedó*”.¹ Pero, ¿acaso no alcanzaba con un Salvador humano? No, no alcanzaba. La humanidad necesitaba un Salvador que fuera divino y humano a la vez. Su divinidad lo hacía poderoso para vencer lo que era invencible para el ser humano: el pecado, la maldad, la muerte. Su humanidad lo hacía cercano a nuestra condición, tanto que podría reemplazarnos en el juicio y cargar Él mismo con lo que nosotros merecíamos.

La encarnación de Dios, el hecho de que la segunda persona de la Santa Trinidad asumiera la naturaleza humana, hizo que Jesús fuera un ser único e irrepetible: un humano en el cual habita la plenitud de Dios; un Dios que habita en el humano para que éste no tenga ninguna duda de cuánto le ama su Creador. Dios y hombre, hombre y Dios, en un ser único unidos para siempre. Eso es Jesús: el Mesías y Salvador del cual nos habla la Biblia. *Dios con nosotros*, por nosotros, a pleno, para morir nuestra muerte, para cargar nuestra miseria, para que vivamos su vida. Una vida de fe y esperanza desde ahora. Una vida perfectamente santa y gloriosa más allá de la tumba.

Dios estuvo dispuesto a darnos lo más cercano a su propio ser: a su Hijo único, que había salido de Él, que era parte de Él y que compartía su gloria desde la eternidad. A partir de un determinado momento Dios, por amor a nosotros, su creación, sería también un humano. Y ese momento había sido predicho desde antiguo. En Génesis 12:3 ya se le dice al patriarca Abraham que, a través de su descendencia, habrían de ser bendecidas todas las familias de la tierra. El Nuevo Testamento confirma que esa descendencia fue Jesucristo, el Mesías de Israel (Gálatas 3:16). Y en Deuteronomio 18:18 se predice que el Mesías sería un profeta de la estirpe de Moisés, alguien que sería el portavoz de Dios y al cual todos deberían prestar atención.

En 2 Samuel 7:13, el rey David recibe la promesa divina de que su casa y su trono serían estables para siempre. El Nuevo Testamento presentará a Jesús con el hijo de David, el legítimo heredero al trono de Israel (Romanos 1:3). Los Salmos 2 y 110 hacen referencia a un rey ungido que cuenta con el favor divino, cuyo destino es la diestra de Dios y cuyo futuro es un reino de gloria que comienza en Sión (Jerusalén) y sigue en el cielo. Todas estas promesas comienzan a hacerse realidad en Navidad.

¹ Ricardo Pietrantonio. Tomado de <http://www.webselah.com/un-nino-viene>

Por eso, cuando el ángel le anunció a María que iba a ser la madre del Mesías, le dijo: *“Éste será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin”* (Lucas 1:32-33).

A los profetas se les reveló con detalles sorprendentes cómo sería la venida de ese Mesías y cuál sería su misión. El profeta Isaías (7:14) le anuncia al rey Acáz de Judá que una de las grandes señales de Dios en favor de su pueblo sería el nacimiento de un niño especial: *“La joven [la virgen] concebirá, y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel”*. San Mateo (1:23) nos dice que estas palabras no se cumplieron en algún rey del Antiguo Testamento, sino con el nacimiento de Jesús, el hijo de María.

El mismo profeta Isaías en el capítulo 9 nos describe que el nacimiento de un niño sería como una gran luz irrumpiendo en el territorio de Galilea: *“Porque un niño nos ha nacido, ¡un hijo nos ha sido concedido! Sobre sus hombros llevará el principado, y su nombre será “Consejero admirable”, “Dios fuerte”, “Padre eterno”, “Príncipe de paz”.*” No hay manera de aplicar estas palabras al nacimiento de un niño común y corriente. Es obvio que estos nombres apuntaban al nacimiento del Mesías que habría de ser el Salvador de la humanidad. No hay ser humano, por más prominente que fuere, que pueda portar semejantes nombres. Mateo 4:14-16 aplica estas palabras a Jesús cuando estaba ejerciendo su ministerio en Galilea.

Por si estas señales fueran pocas, el profeta Miqueas (5:2-3) anuncia que el Mesías habría de nacer en Belén, el mismo lugar del cual había surgido el gran rey David: *“Tú, Belén Efrata, eres pequeña para estar entre las familias de Judá; pero de ti me saldrá el que será Señor en Israel. Sus orígenes se remontan al principio mismo, a los días de la eternidad”*.

Como podemos ver, Dios fue trazando su plan y lo fue dando a conocer por medio de sus profetas. Dios quería que, cuando su Hijo llegara, el pueblo estuviera preparado esperándolo. Dios enviaría a su Hijo en el momento que fuera más oportuno. Y ese tiempo, aunque no sepamos bien por qué, fue el tiempo de César Augusto, días de la Pax Romana, cuando se iniciaría nada más ni nada menos que la era cristiana.

La historia que une el cielo con la tierra

Cuando leemos el Nuevo Testamento, vemos de qué manera asombrosa Dios fue transformando en realidad lo que había preanunciado en el Antiguo Testamento. El nacimiento de Jesús fue parte de un plan maravilloso que Dios había preparado. Los planes de Dios para reconciliar a la humanidad consigo mismo iban a ejecutarse por medio de su Hijo. Las esperanzas más profundas y el destino de la humanidad toda, estarían ligados a ese niño que nacería en Belén. Por eso, vale la pena que conozcamos o repasemos la historia de su nacimiento tal como la relata San Lucas (2:1-20):

“Por esos días, Augusto César promulgó un edicto en el que ordenaba levantar un censo de todo el mundo. Este primer censo se llevó a cabo cuando Quirino era gobernador de Siria, por lo que todos debían ir a su propio pueblo para inscribirse.

Como José era descendiente de David y vivía en Nazaret, que era una ciudad de Galilea, tuvo que ir a Belén, la ciudad de David, que estaba en Judea, para inscribirse junto con María, que estaba desposada con él y se hallaba encinta. Y mientras ellos se encontraban allí, se cumplió el tiempo de que ella diera a luz, y allí tuvo a su hijo primogénito; y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en ese albergue.

En esa misma región había pastores que pasaban la noche en el campo cuidando a sus rebaños. Allí un ángel del Señor se les apareció, y el resplandor de la gloria del Señor los envolvió. Ellos se llenaron de temor, pero el ángel les dijo: ‘No teman, que les traigo una buena noticia, que será para todo el pueblo motivo de mucha alegría. Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es CRISTO el Señor. Esto les servirá de señal: Hallarán al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.’

En ese momento apareció, junto con el ángel, una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios y decían: ‘¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Paz en la tierra a todos los que gozan de su favor!’ Cuando los ángeles volvieron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: ‘Vayamos a Belén, y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha dado a conocer.’

Así que fueron de prisa, y hallaron a María y a José, y el niño estaba acostado en el pesebre. Al ver al niño, contaron lo que se les había dicho acerca de él. Todos los que estaban escuchando quedaron asombrados de lo que decían los pastores, pero María guardaba todo esto en su corazón, y meditaba acerca de ello.

Al volver los pastores, iban alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído, pues todo había sucedido tal y como se les había dicho.”

Esta es, en pocas palabras, la verdadera historia de la Navidad. La historia sencilla de un niño muy especial, esperado por siglos. Un niño que es rey, pero que nace lejos de las pompas de un palacio real.

La primera Navidad, como podemos apreciar, tiene poco que ver con el brillo, la abundancia y el consumo de nuestros días. Pero tiene todo lo que Dios quiso poner en ella: humildad, autenticidad, devoción, alegría, gloria, testimonio. Y, sobre todo, tiene al niño Jesús, el niño rey. Él ocupa el centro de la escena. Su presencia es la que todo lo llena y le da un profundo significado a la escena. Es lo que le da a Navidad “ese sabor”. Sin ese niño, Navidad es una cáscara vacía, algo insulso.

El cielo mismo no puede quedar indiferente, y un mensajero celeste anuncia la buena noticia: *ha nacido el Mesías, el Cristo, el Señor*. Un coro celestial prorrumpe en gozo para proclamar gloria a Dios. Humildes pastores se transforman en los primeros receptores de semejante anuncio. La señal que dan para encontrar al niño es inconfundible: un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

La primera Navidad, podemos verlo, es una historia de grandes paradojas. El cielo y la tierra se abrazan, conectados por la buena voluntad de Dios. Se canta la gloria en el cielo y se proclama la paz en la tierra. Dios y hombre se funden en una persona única, un ser absolutamente especial: el Mesías. El Creador del universo yace en un pesebre.

Todo ese cuadro de humildad, de despojo, de carencia, muestra con qué propósito Jesús venía a este mundo. Él no venía para hacer un tour por el mundo. No venía para ser servido, sino para servir. Él se ponía el traje de siervo, para estar a la altura de los más humildes, los humillados, los despojados, los que tienen el corazón hecho pedazos. Por eso es que San Pablo les escribe a los Filipenses (2:6-7): “[Cristo Jesús] *siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo y tomó forma de siervo, y se hizo semejante a los hombres*”.

Los pastores, por su parte, nos muestran a los primeros celebrantes que tuvo la Navidad. Personas sencillas, consideradas casi indignas por la aristocracia religiosa de aquel tiempo. No obstante, tenían el corazón y los oídos bien abiertos, porque no quedaron indiferentes ante la buena noticia. La gloria del cielo que los había rodeado, primero los llenó de temor. Pero el temor—algo propio del ser humano pecador frente a Dios—dio paso al gozo, al asombro, a la devoción ante el pesebre. En una misma noche experimentaron la presencia de Dios en dos formas muy diferentes: primero, cargada de gloria, luminosa, pero intimidante. Luego encarnada en un bebé, serena, accesible. Primero, recordaron su condición pecadora y temblaron. Luego, oyeron la buena noticia del amor divino, y sonrieron.

Fue por eso que Dios se hizo humano: para que su presencia no nos destruya, sino nos atraiga, nos purifique, nos penetre, nos transforme, nos llene, nos recree. Esos pastores nos enseñan qué significa celebrar la Navidad: celebrar como corresponde es ir al encuentro de Jesús allí donde éste puede ser encontrado. Es encontrar al Dios que viene a servirnos. Es experimentar al Dios cercano, tangible, accesible, al Dios con nosotros, el Emanuel, y salir glorificando y alabando a Dios. ¡Porque nadie sigue siendo el mismo después de encontrarse con Dios!

Vale la pena hacer un alto aquí, y recrearnos en la maravillosa poesía de Félix Luna, poeta argentino, que escribió esta bellísima canción intitulada “El Nacimiento”. Un retrato de la primera Navidad:

*Noche anunciada, noche de amor,
Dios ha nacido, pétalo y flor,
todo es silencio y serenidad,
paz a los hombres, es Navidad.*

*En el pesebre mi Redentor
es mensajero de paz y amor,
cuando sonríe se hace la luz
y en sus bracitos crece una cruz.*

*Ángeles canten sobre el portal,
Dios ha nacido, es Navidad.*

*Esta es la noche que prometió
Dios a los hombres y ya llegó,
es Nochebuena, no hay que dormir,
Dios ha nacido, Dios está aquí.*

Bella poesía. Una gran síntesis de lo que la Navidad encierra y anticipa. Sabemos que el futuro de este Niño estaría signado por el dolor y el abandono. El Padre que lo ama ya le había anunciado a su madre que “*una espada traspasaría su alma*” (Lucas 2:35). El Padre celestial no puede evitar ver ese futuro de dolor. Cuando el niño extiende sus brazos para abrazar a su madre, ya se vislumbra una cruz. Su suave cabecita habrá de portar algún día una siniestra corona de espinas. Sus manos tiernas, que acarician la barba de José, conocerán el dolor de los clavos. Los pañales que lo envuelven anticipan la mortaja de alguien que un día, en la plenitud de su vida, será arrancado de la tierra de los vivientes.

De la paja del pesebre al madero de la cruz

A pesar de su importancia, la Navidad no fue la celebración más importante de los cristianos durante los primeros siglos de la iglesia,² sino que el primer foco festivo estuvo centrado en el evento pascual: la muerte y la resurrección de Jesús. Los cristianos eran conscientes que en ese suceso se había definido su destino temporal y eterno. La cruz y la tumba vacía habrían de ser, finalmente, el centro de gravedad por excelencia en la historia de salvación, y el clímax del relato bíblico. Porque sin ellos, todo lo demás carece de sentido. Sin embargo, la encarnación (nacimiento) y la pasión (sufrimiento y muerte) de Jesús, se corresponden mutuamente.

El pesebre ya va proyectando la sombra de la cruz. Ambos símbolos se entrelazan como parte del mismo plan. La cruz no sería posible si el Hijo de Dios no hubiese recibido un cuerpo humano para ser clavado en ella. Y sin la cruz, el pesebre sería un símbolo intrascendente. La Navidad celebra un nacimiento, pero esconde entre sus pliegues una muerte redentora. La lectura de los evangelios nos revela que el destino de ese Niño será el de una gloria incomparable, pero una gloria que viene a través de su sufrimiento y su cruz. Jesús vino para ser rey, pero su reinado sería desde la cruz. Así lo habría de revelar, de manera irónica, el cartel que Poncio Pilatos colocó sobre su cabeza en el Calvario.

El teólogo Martín Lutero, a la luz de toda la obra redentora de Jesucristo, reflexiona en un sermón de Navidad basado en Isaías 9:

“[Jesús] es el niño que nos lleva sobre sus hombros a ti y a mí, con todos nuestros pecados, miserias y dolores. Y esto lo hizo no solamente mientras vivió aquí en la tierra, sino que lo sigue haciendo hasta el día de hoy, por medio de la palabra del evangelio. Con lo que Isaías nos dice acerca del niño Jesús, nos enseña al mismo tiempo a discernir correctamente entre el reino espiritual y el reino corporal. El reino corporal es aquel en que los súbditos somos los que tenemos que llevar al soberano o rey... El reino espiritual, en cambio, es aquel en que el rey mismo nos lleva a nosotros”.³

El sacrificio de Jesús en la cruz es lo que completa el cuadro de la salvación que se despliega en Navidad. Visto desde la cruz, el pesebre cobra su verdadera dimensión. La celebración de la Navidad no puede agotarse en un concierto de buenos deseos, lindas palabras, pensamientos positivos, optimismo sin fundamento. En muchos casos la Navidad se ha transformado en algo vacío, con adornos que no adornan y luces que ya no iluminan. Muchos se esfuerzan en darle algún sentido a las fiestas, pero lo que prevalece es el sabor a nada.

La Navidad—la Navidad de Dios—ha de traer a nuestra conciencia la necesidad de la encarnación: por qué era necesario que el Hijo de Dios se hiciera hombre. Fue nuestro pecado, maldad, egoísmo y falta de amor, lo que hizo necesaria semejante entrega y renuncia. La Navidad jamás va a tener sentido si seguimos pensando que los problemas del mundo son culpa de los demás... y no somos capaces de mirar en nuestro propio corazón y ver nuestras propias debilidades, nuestra inclinación a lo malo, nuestras ansias de poder, la forma de abrirnos camino sin tomar en cuenta a Dios y su voluntad.

Pero Jesús sigue viniendo, y cada Navidad nos presenta una nueva oportunidad para un encuentro transformador y salvador con ese Niño Rey. Y Jesús, como dice Lutero, está sobre todo en la Palabra del Evangelio. Una Palabra que le fue encomendada a la iglesia y que se proclama en el mundo entero. Una Palabra que estamos invitados a oír con devoción y compartir con convicción. “Navidad”, este año, puede rimar con “oportunidad”.

¿Cómo has celebrado hasta ahora la Navidad? ¿Qué ha significado la Navidad para ti? ¿Qué te ha desilusionado de tus navidades anteriores? ¿Cómo has tratado de encontrarle sentido? ¿Qué significa el niño Jesús para ti? ¿Con qué Navidad has soñado? ¿Cómo te gustaría celebrar la próxima Navidad? Sean cuales sean tus experiencias con respecto a la celebración de la Navidad, hoy queremos ayudarte a hacer de tu próxima Navidad, una mejor Navidad.

2 Las evidencias de la celebración de la Navidad se remontan al siglo IV de la era cristiana.

3 Obras de Martín Lutero. Tomo IX, p. 42. Buenos Aires: Ediciones La Aurora, 1983.

Preparándonos para una Navidad con sabor a Navidad

Dos quiere que tu próxima Navidad tenga el sabor de la verdadera Navidad. Hay muchísimas cosas que rodean esta fiesta y que pueden embellecerla, adornarla, complementarla. Son ritos, costumbres, comidas, adornos, villancicos, etc., que tienen una larga tradición y un rico significado. Los cristianos podemos recurrir a todas estas cosas con moderación, con un espíritu de devoción. Muchos de esos ritos y costumbres nacieron en el contexto de la cristiandad y no atentan contra el significado de la Navidad. Otros, sin embargo, se han transformado en meros productos de consumo. Pero, hay que subrayarlo: ninguna de estas cosas, por sí mismas, hacen que la Navidad sea Navidad, porque la **Navidad es Navidad sólo si el niño Jesús está en ella**.

Si tienes la bendición de tener una familia con la cual celebrarla, te animamos a hacerlo así, arrancando ya con la preparación previa y planificada en tu hogar. Te compartimos algunas ideas:

- Armar el árbol navideño junto con los niños, decorando e iluminando la casa, buscando el significado de esos elementos—tales como la corona navideña—en algún sitio web cristiano.
- Preparar un pesebre y comparar la escena del pesebre con la historia que narran Lucas y Mateo acerca de la Navidad en la Biblia.
- Conseguir buena música navideña para escuchar las semanas previas, tal como himnos y villancicos cristianos, preparando así el ambiente y el corazón para el nacimiento de Jesús.
- Preparar comidas y cosas dulces dejando que los niños participen en la tarea. Hacer galletitas caseras con formas navideñas para regalar y compartir con seres queridos.
- Ir armando la lista de regalos, involucrando a los niños en la decisión cuando se trata de regalos para otros, y escribir tarjetas personalizadas.
- Planificar un regalo sorpresa para algún vecino o persona necesitada que no lo esperaba.
- Enviar tarjetas (postales) navideñas en papel, recuperando una bella costumbre, con una dedicatoria escrita a mano. Los niños pueden participar.
- Acercarte—volver a contactarte—con un familiar o amigo de quien te has distanciado.

Es posible que te surjan muchas ideas más. Lo importante es que, en armonía con el espíritu de la Navidad, te animes a poner alguna en práctica. Pero ahora, como conclusión, te animamos a hacer lo más importante: queremos hablarte de la **preparación espiritual** que puede preceder a tu próxima Navidad.

La celebración de la Navidad en el calendario de las iglesias históricas se ve enmarcada en lo que se llama el tiempo de Adviento (anterior) y la Epifanía (posterior). Contando cuatro domingos anteriores a la Navidad, comienza un nuevo año litúrgico. El primer domingo de esos cuatro, es llamado el primer domingo de Adviento.⁴ Adviento significa “advenimiento”, o “venida”. Ese es el tiempo de preparación que muchos cristianos e iglesias utilizan para aguardar el advenimiento o venida de Jesús, no sólo en su encarnación (Navidad), sino también para su segunda venida (como juez) o su venida a nuestros corazones a través de los medios de gracia (su Palabra, el Bautismo y la Santa Cena).

La gran idea del Adviento es que “Jesús viene”, lo que implica una preparación previa. Su venida no debería tomarnos desprevenidos. Para esa venida nos preparamos, antes que nada, con arrepentimiento, con reflexión y expectativa, lo que finalmente nos permite disfrutar del gozo que rodea la estación.⁵

⁴ El domingo siguiente a Acción de Gracias (*Thanksgiving*).

⁵ En muchas iglesias y hogares se utiliza una corona (símbolo de la eternidad) con cuatro velas, las que se van encendiendo domingo a domingo hasta el domingo previo a la Navidad. La mayoría de las coronas tiene una quinta vela en el centro, que se enciende el día de Navidad.

LECTURAS BÍBLICAS PARA SABOREAR LA NAVIDAD

Te animamos a prepararte para esta Navidad leyendo y reflexionando sobre los siguientes textos de la Biblia durante las semanas previas. Si conoces una iglesia en la que se enseña y predica la Palabra de Dios con seriedad, el Adviento puede ser una época propicia para acercarte por primera vez o para regresar a una comunidad de creyentes. No olvides que Jesús está allí donde se enseña y predica el Evangelio.

Primera Semana: Salmo 25:1-10
Jeremías 33:14-16
1 Tesalonicenses 3:9-13
Lucas 21:25-36

Segunda Semana: Salmo 66:1-12
Malaquías 3:1-7
Filipenses 1:2-11
Lucas 3:1-14

Tercera Semana: Salmo 130
Sofonías 3:14-20
Filipenses 4:4-7
Lucas 7:18-35

Cuarta Semana: Salmo 80:1-7
Miqueas 5:2-5
Hebreos 10:5-10
Lucas 1:39-56

Mientras lees estos textos puedes hacerte las siguientes preguntas:

- ¿Qué dice el texto sobre mí y mi situación como ser humano pecador frente a Dios?
- ¿Qué dice sobre Dios frente a la condición pecadora del hombre?
- ¿Qué promesas de Dios hay en el texto?
- ¿Qué parte del texto puede ser considerado una buena noticia que ha de ser celebrada?
- ¿De qué manera el texto me prepara para una relación más estrecha con Dios y con mi prójimo?
- ¿Hay alguna relación directa o indirecta con la historia de la Navidad?

ORACIONES

Oración para el tiempo de Adviento

Señor Dios, Creador de la humanidad: se acerca una nueva Navidad y mi anhelo es prepararme para celebrarla con fe y devoción. Tú conoces las cosas que están en conflicto con tu santa voluntad. No soy la persona que tú esperas que sea. No soy la persona que debería ser para los demás. Te confieso mi pecado y debilidad. Te pido que me perdones en este tiempo que precede tu venida. Ayúdame a compartir ese perdón con los demás. Purifica y renueva mi vida. Haz de mi vida y familia un templo que refleje tu amor y compasión. Derrama sobre mí tu Espíritu Santo, para que el mensaje de amor de la Navidad anide en mi corazón. Por Jesús que vino, que viene, y que vendrá. Amén.

Oración para la Nochebuena

Señor Dios misericordioso: en esta noche santa, en la cual la cristiandad celebra la encarnación de tu Hijo, quiero decirte gracias. Gracias porque te dignaste a venir a este mundo, haciéndote uno con nosotros. Gracias por no desechar a tu creación, a pesar del pecado y la rebeldía que nos aleja de ti. Gracias por venir a nuestras vidas, a fin de hacernos parte de tu reino para siempre. Gracias y alabanzas por el amor infinito que revelaste en el pesebre de Belén, manifestándote en humildad, aun cuando eres un Dios lleno de gloria. En esta noche, querido Dios, sé nuestro Emanuel, nuestro "Dios con nosotros". Danos la paz que anunciaste por medio del canto angelical. Por Jesús, por su pesebre, por su cruz. Amén.

Oración para el día de Navidad

Padre celestial, que amaste al mundo de tal manera que diste a tu Hijo único; te alabo y te doy gracias por este día glorioso para toda la cristiandad. Gracias por Jesús, tu Hijo hecho carne, fuente de gracia y de verdad. Te pido que él me ilumine con su luz salvadora. Que así como los pastores de Belén, también yo vaya a su encuentro con fe y devoción. Quita de mí todo aquello que impide que tu paz sea realidad en mi vida. Hazme experimentar tu amor, tu gracia, tu favor y tu perdón, y ayúdame a confiar siempre en tu palabra de vida eterna. Enséñame a dar testimonio a los demás de todo lo que has hecho por mí y por ellos. Por Jesús, tu Hijo, nuestro Mesías. Amén.

El pastor y profesor Antonio Schimpf enseña Antiguo Testamento desde hace 25 años en el Seminario Concordia de Buenos Aires, Argentina. Está terminando su maestría en Biblia en el Seminario Concordia de Saint Louis, Missouri. Ha sido pastor de tiempo parcial en la congregación La Concordia de Buenos Aires. Está casado con Mónica Schneider, quien es docente y directora de una escuela luterana de nivel primario. Ambos tienen dos hijos, Lucas y Lara, quienes en la actualidad estudian en la universidad. Al pastor Antonio le gusta escribir poesía y ha compuesto himnos y canciones que se conocen en la IELA, la iglesia luterana de Argentina. Entre sus experiencias como pastor, ha trabajado varios años en un barrio carenciado, lo que le ha facilitado entender el lenguaje y las necesidades de la gente sencilla y humilde.

*Visite la tienda virtual de LHM
donde encontrará una variedad de
recursos para su ministerio*

Para adquirir folletos impresos, diríjase a
<http://www.lhmgift.org/storefront/products.asp?by=topic&id=7>.
Allí encontrará éste y otros folletos, así como también títulos en inglés.
Estos folletos tratan temas como la muerte, el divorcio, la depresión,
el perdón, la paternidad, desde una perspectiva y base cristianas.

*Check out LHM's online store
for a variety of ministry resources*

If you would like to get hard-copy booklets
of this item, you can do so by going to
<http://www.lhmgift.org/storefront/products.asp?by=topic&id=7>.
There you will find this and other Project Connect booklets,
with many titles in Spanish as well. Subjects like peace, divorce,
forgiveness, cancer, gambling, post-traumatic stress disorder
and loneliness are only a few of the topics sensitively
addressed in these concise, Christ-centered volumes.



© 2015 CPTLN
Todos los derechos reservados

Cristo Para Todas Las Naciones es la división hispana de Lutheran Hour Ministries, un ministerio cristiano mundial cuya misión es *Llevar a Cristo a las naciones, y las naciones a la iglesia.*

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Biblia Reina Valera Contemporánea,
Copyright © 2009, 2011 Sociedades Bíblicas Unidas.